

Lavaderos públicos de Casa Branca

Aún podemos escuchar el sonido del agua. Como si corriera entre estas palabras, entre estas letras, el sonido del agua entre lo que somos capaces de oír y ver en nuestros pensamientos. Con esa agua, las mujeres lavaban la ropa en estos lavaderos. Fueron sus manos las que levantaron el sonido que ahora recordamos o imaginamos, exactamente como si lo estuviéramos escuchando.

La ropa que esas mujeres lavaron aquí la vistió Casa Branca entera. Los pasos de esos calcetines han recorrido cada rincón del pueblo, las pecheras de esas camisas se han tocado en abrazos de todo el mundo con todo el mundo, las mangas de esos jerséis construyeron cada pedazo de todo lo que aquí se ve.

En estos lavaderos, generaciones y generaciones de mujeres fueron diosas secretas, madres de Casa Branca, hijas de Casa Branca, tu abuela y la mía. Sin que nadie se diera cuenta, indistintas de lo cotidiano, lavaron aquí todos los gestos de Casa Branca, todas las intenciones, dieron descanso al pasado, prepararon lo que estaba por venir, regeneraron el mundo.

Desde el interior del silencio, en el espacio entre cada palabra, cada vez que decimos *Casa Branca*, entre la palabra *Casa* y la palabra *Branca*, todavía podemos escuchar el sonido del agua. Es el sonido del tiempo, viene de las manos de las mujeres que nos criaron, las mujeres que, al lavar ropa, levantaron el universo. Sí, todavía podemos escuchar el sonido del agua, existe, no olvidemos nunca que necesita nuestros pensamientos para existir.

José Luis Peixoto